

# Zonas de alteridad

## Árcades, currutacos y románticos

Mauricio Molina

Escribir sobre la literatura mexicana del siglo XIX es una tarea hartamente ardua e implica meterse en un verdadero berenjenal. Hace más de treinta años, invitados por Margo Glantz, un grupo de investigadores, entre los que nos encontrábamos Enrique Flores, José Rivera, José Luis Hernández y quien esto escribe, participamos en un proyecto —*Guía de forasteros*— que abarcaría la literatura, la vida cotidiana y los documentos históricos del periodo que iba de 1789 a 1847, entre la Revolución francesa y la Invasión norteamericana a nuestro país. El material que encontramos era gigantesco, desde la *Gazeta de México* de Alzate hasta revistas como *El Iris* o *Minerva*, publicaciones pioneras del periodismo independiente y literario en nuestro país. Los cinco tomos de la *Guía* no bastaban para abarcar el periodo, sobre todo en lo que toca a la literatura. Lo que hicimos en la *Guía de forasteros* fue sobrevolar y a menudo dar con buenos hallazgos en un territorio que ya habían explorado Urbina, Monterde, Reyes, Ruedas de la Serna, José Joaquín Blanco, Fabio Morábito y muchos otros. Y sin embargo, daba la impresión de que nuestro siglo XIX necesitaba un explorador más avezado.

Ahora, gracias a una visión exhaustiva, que se ha nutrido de los estudios académicos y de otras fuentes, podemos explorar con mayor visión el siglo de la naciente literatura mexicana (propiamente dicha). Se trata de *La innovación retrógrada/Literatura mexicana, 1805-1863*, de Christopher Domínguez Michael. Tomando en cuenta el periodo que abarca un poco más de la mitad del siglo antepasado y la profusa información que contiene, se trata de un libro destinado a convertirse en uno de esos clásicos instantáneos, es decir, ine-

vitables, del estudio de nuestras letras. Domínguez arranca su libro con una prolija exégesis —al mismo tiempo diálogo y duelo de esgrima— de la *Historia de la poesía Iberoamericana* del crítico español Marcelino Menéndez y Pelayo para ubicarnos en materia.

*La innovación retrógrada*, concepto que recorre el libro a la manera de un estribillo, consiste en el avance sin progresión, una sucesión que tiende a detenerse o a retroceder. Porque nuestra literatura decimonónica, afirma Domínguez, avanzaba en el tiempo, pero de alguna manera también retrocedía en sus modelos y sus formas, salvo en los casos esenciales de Lizardi, fray Servando y Heredia, a quienes Domínguez Michael desempolva, les da lustre y los ubica como figuras fundamentales de nuestras letras (fundamentales en el sentido de fundacionales). Entiendo “la innovación retrógrada” como un concepto que podría ampliarse a muchos ámbitos de nuestra vida social. Pienso en la figura del axólotl que utiliza Roger Bartra en *La jaula de la melancolía* para definir a lo mexicano como un ente que no alcanza su metamorfosis completa y se queda en una suerte de adolescencia larvaria. Así interpretaría el libro de Domínguez Michael.

*La innovación retrógrada* arranca en 1805 con la aparición del *Diario de México*, donde publicaron los llamados árcades, desde su vate mayor, el cura Manuel Martínez de Navarrete, hasta el satirista Anastasio de Ochoa, pasando por Sánchez de Tagle, Lacunza, Sartorio, etcétera. Todos ellos cultivaron anacreónticas, odas, epigramas a la manera latina con menor fortuna y sin mayor arte, si bien podemos encontrar algunas joyas. Se trataba sobre todo de poetas ilustrados y deslustrados

cuya lectura es absolutamente necesaria para comprender la eclosión de una literatura nacional y en sus versos arcaicos, como de poetas dignos de sabios de pueblo, se encuentran los balbuceos de un país que va naciendo. Las musas de la Arcadia andan entre chalupas y nopales, beben pulque en lugar de vino y son las diosas penates de estos poetas carentes de imaginación, atados por la preceptiva mal leída de Boileau, fascinados por la Ilustración y temerosos de la Inquisición y con una visión del mundo proveniente en una literatura española muy mediocre en ese momento —salvo José Cadalso.

El aire insalubre pero renovador de José Joaquín Fernández de Lizardi baja a los poetas de la Arcadia y por primera vez, proveniente de la picaresca, según Domínguez del *Gil Blas* de Lesage antes que de Quevedo o del *Lazarillo*, *El periquillo sarriente* se convierte en nuestra alborada narrativa que un siglo después celebraría Agustín Yáñez como emanación del espíritu barroco. Los árcades, curas o funcionarios novohispanos, ceden el paso al *Pensador Mexicano*, un autor independiente que funda su propia revista, vive de su chamba y continúa el extraño parto de la literatura mexicana, que, como Tristram Shandy, no quiere nacer todavía pero ya está viviendo. Con Lizardi aparecen ya las calles, los tipos sociales (que después usarían los románticos como Prieto): el lépero, el pisaverde, el currutaco, el pelado, en una novela como *El periquillo* plena del insalubre sabor de la calle y ajena a los conventos. Nació la literatura urbana.

Domínguez Michael vuelve, en un momento entrañable del libro, a uno de sus autores mejor estudiados como Mier en un epílogo a su magna *Vida de fray Servando*,

figura que, al decir de Lezama, abandona sus ropajes barrocos para vestirse como romántico. Pero aún no llegaría lo propiamente romántico hasta la aparición del cubano avocinado en nuestro país José María Heredia, fundador de publicaciones periódicas, introductor de la litografía con la llegada de Claudio Linati y editor de una de las revistas ilustradas más destacadas de la primera mitad del siglo XIX: *El Iris*. Un cubano y un italiano le darían un vuelco a la literatura y a la cultura mexicana. Heredia con un poema como “En el *teocalli* de Cholula”, que entronizaría el retorno de lo prehispánico al centro de muchas de nuestras preocupaciones literarias hasta llegar a Rulfo, Fuentes, Pacheco, por decir algunos, y Linati proponiendo las imágenes de los tipos sociales mexicanos: una suerte de exploración de lo que eran las nuevas castas mexicanas en el primer tercio del siglo XIX. Domínguez atribuye a Heredia no sólo la introducción de la literatura comparada, sino también de la crítica, poniendo a nuestras letras a tiempo con lo que estaba ocurriendo en Londres y París. Como muchos otros estudiosos, Domínguez atribuye el *Xicoténcatl*, esa extraordinaria novela, a Heredia: con él culmina la innova-

ción retrógrada y comienza la literatura moderna mexicana.

Domínguez continúa su repaso de nuestra literatura decimonónica comentando a la Academia de Letrán, donde participaron Lacunza, el joven Prieto, Fernando Calderón, Quintana Roo, Manuel Carpio y Pesado, entre otros. Se trata de la primera organización de escritores del México independiente, que además contaban con su propio crítico, el Conde de la Cortina. Este grupo, afirma Domínguez Michael, rompe con dos paradigmas de la fundación de lo mexicano: el de la predicación de santo Tomás y el de las fantasías prehispánicas.

Todas estas elucubraciones se vendrían abajo con la Invasión norteamericana de 1847, que culminaría con la imagen apocalíptica de la bandera de las barras y las estrellas en pleno Zócalo. Una era geológica en la cultura nacional, que tuvo sus aspiraciones imperiales con Iturbide, que buscó a su propio apóstol con fray Servando y que fue al encuentro en un acto de buceo profundo al universo prehispánico, se vino abajo con la invasión. De aquel México mutilado nacía la conciencia nacional.

El libro de Domínguez culmina con la irrupción de los maestros liberales, como

Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez, *El Nigromante* y Guillermo Prieto, que darían una nueva visión de la literatura y prepararían el arado profundo para la irrupción de los modernistas. El libro culmina antes de la Guerra de los Pasteles y de la llegada de Maximiliano, por lo que esperamos todavía un segundo volumen que explore la irrupción modernista entre muchas otras cosas.

*La innovación retrógrada/Literatura mexicana, 1805-1863* es un libro escrito no sólo por uno de los grandes críticos de nuestra literatura. Se necesita de una curiosidad muy grande por nuestras letras para sumergirse en la poesía de los arcaicos, recorrer la obra completa de Lizardi, estudiar a sus comentaristas, introducirse en una literatura arcaica que apenas estaba balbuceando lo que harían los modernos y los contemporáneos. Desde cualquier punto desde que se mire se trata de una contribución titánica y medular para el estudio de las letras mexicanas. **U**

Christopher Domínguez Michael, *La innovación retrógrada/Literatura mexicana, 1805-1863*, El Colegio de México, México, 2016.



Christopher Domínguez Michael

